

El Conquistador don Sebastián de Belalcázar

La Revista publica con especial complacencia el discurso que en 1920, pronunció el maestro Guillermo Valencia, al ser descubierto el retrato del Conquistador Belalcázar en el salón de sesiones del Concejo Municipal de Popayán. El discurso, que es una pieza magistral, como todo lo que sale de la pluma del maestro, adquiere nueva actualidad con motivo del grandioso homenaje que Cali, en la celebración del cuarto centenario de su fundación, rindió al ilustre adelantado. *N. de la R.*

En este propio momento innúmeras gentes que hablan nuestro idioma, y muchísimas otras que impusieron el suyo por inculpable deficiencia de la madre común, están consagrando un recuerdo al fortunado aventurero que por bríos de perseverancia indomable, de tozuda certeza y geniales ímpetus del ánimo, se encontró de manos a boca con la América atónita, probando abrirse un paso para las Indias Orientales. Densísima nube de misterio envuelve hasta la hora de ahora al feliz Adelantado presentado por Séneca. Que fuese italiano o español, no lo juraríamos de cierto; bullese en él la sangre de ligur o la del marino gallego o lusitano o judío, no lo asentariamos de firme, pero que fuera un vidente de condición invicta, que supo encadenar el miedo, acogotar la superstición, romper hilo a hilo en cuatro fatigosos lustros la enmarañada e ingeniosa urdimbre de extravagancias y prejuicios, ofrecerle cortésmente asiento en su pobre mesa al fantasma que impuso volver caras a tántos nautas hazañosos, llevados antes como él, de iguales intentos; es cosa real, cribada, indiscutible y vivida que nadie abrirá a prueba. Oh! ironía de la historia universal! El descubridor de América murió creyendo haber hallado una ruta comercial hacia Catay y Cipango (La China y el Japón de hoy) antes que un mundo nuevo, que el industrial reclamo de un librero alemán bautizó con el nombre de aventurero florentino.

Entre la crítica extática que hizo del Almirante un genio portentoso, un héroe y un santo, amenguando muchas veces la gloria de sus ilustres compañeros, y la injustificada inquina de quienes todo lustre amenguan, existe un punto medio donde la ciencia equitativa ha levantado pedestal perenne a aquel César atlántico de las audacias extremas, que regresó del *Mar Tenebroso* ostentando sobre la palma victoriosa la redondez del globo terráqueo, completado por él en homenaje al Soberano español; qué digo, a su gentil compañera, a quien amor y simpatía, a quien divina intuición dieron más luz y videncia que los polvosos códices de la renuente Salamanca.

Y bien merecía España el galardón inesperado. Puede hoy la crítica positiva levantar hoja a hoja, pausadamente, a mansalva y sin reato el proceso en que se cita, emplaza y condena a la noble nación que nos dio vida. Por amor a un ideal, España, la ilustre España, a través de la deshecha tempestad del feudalismo, salvó su unidad étnica, redujo a crisol único tradicionales divergencias y fueros absorbentes; educó su raza en la escuela experimental de ochocientos años de diario batallar si en las campañas, con la espada, en el mundo intangible de las ideas, con las aulas y los códices; que supo inspirar a todos sus hijos, con el útil concepto de la unidad geográfica, la psíquica, hecha de convención y espiritualidad y agrias etapas geórgicas, cobradas palmo a palmo por la planta que no retrocede, por el pecho que aguarda impertérrito el golpe, por los ojos que buscan siempre en la lejanía algo que conquistar, por el brazo que no desmaya bajo el fatigoso montante y abre como una llave las puertas de los Reinos erizados de lanzas o el esquivo y recóndito tesoro de soberbios califas, émulos de Bagdad, de Samarkanda y de Damasco.

Ese milenario palenque de ruda labor e incontestables proezas; de repulsión y asimilación; de intransigencia y tolerancia; de fuerza y de justicia; de amor y de crueldad; de odio incombustible y de piedad ardiente; de sacrificios y flaquezas; aquel estadio de las ansias locas y de los pasos contados, logró formar un pueblo tan compacto y recio, tan voluntarioso y atrevido, tan profundamente humano y tan fantástico y paradójico, que sólo a él podía caber, como le cupo en verdad, la singular fortuna de descubrir un mundo, de conquistarlo y de poblarlo. Ese entrenamiento de ocho siglos quemó tan hondo, cual hierro encendido, las



Don Sebastián de Belalcázar
(Dibujo de Arango)

carnes de la raza, que desde allí adelante no será dable, ni en el pasado, ni en el presente, ni en el porvenir, confundirla con otra alguna. Albión, calculadora y fría, siguió tras el Almirante y a la zaga de los Adelantados como el tigre cauteloso que aprovecha dentro de la floresta primordial la brava senda abierta por los cíclopeos elefantes. Los oscuros cardadores de los Condados ingleses, auténticos abuelos —económicamente hablando— de la Reforma protestante, no eran de cierto los más propios a empresa tan vasta y extrahumana. Ponce de León (el buscador romántico de la suspirada fuente de juventud), Hernando de Soto, Francisco de Garay, Alvaro Núñez, el soldado Docampo, Fray Marcos de Nizza, el salmaltino Coronado, Hernando de Alarcón, Avilés de Menéndez precedieron muchos años a los piratas ingleses, del tipo de Francisco Drake, que marcharon sobre seguro, impulsados por su país, a usurpar grandezas y beneficiar desastres.

La fundación de los Estados modernos impuso a Europa los más costosos sacrificios. En todo aquel largo concurso de glorias y bajezas que hacen oscilar alternativamente la balanza de la justicia histórica, terció España siempre con incontrastable eficacia y brillantez no superada, aunque la misma fiebre que la alentaba al esfuerzo, agotóla también interiormente, y así como fueron los Países Bajos, vasto sepulcro que se tragó en cortos años mucha sangre proccera; en el propio solar castellano, la victoria contra los Arabes, reagravada con su expulsión y la de los hebreos peninsulares, consumó, en breve tiempo, la conquista del ideal intangible aunque vivificante, en detrimento de aquellos otros intereses humanos que parecen triunfar siempre de los más elevados empeños. El día que Boabdil el Moro puso en manos del Monarca, con su vencida espada, las llaves del postrer baluarte, pareció entregarle en ellas un signo de ruina para el pueblo español. Dividióse la Monarquía en dos distintos campos: aquí los vencedores; el glorioso pasado de la Reconquista; los ilustres caudillos con sus mesnadas guerreras de cristianos viejos que sólo habían vivido para la empresa ccho veces secular de la incólume soberanía y el inviolado credo, y en el opuesto sitio el Oriente patrocinador de la libre y alegre naturaleza, de las ciencias y de las artes, de los baños públicos y las esbeltas Giraldas, de las tajantes hojas y las vívidas alcatifas, de los ubérrimos huertos en las vegas

gentiles, y de los velos impalpables que parecían perdidos por fantasmas bajo el silencio de las sederías. Junto aquella brillante cohorte cuyo más alto blasón culminó en Córdoba, se agrupaba también la abyecta judería, resignada bajo el peso de la labor rural y los trabajos manuales, y cuya tarea había sido sostener con sus manos diligentes y fecundas, en el taller y campos labrantíos, la vida y el ornato de los batalladores. Expulsados moros y judíos, careció súbitamente España de cuanto en la categoría de la división del trabajo había constituido el fundamento económico de la vida nacional; ésta una crisis que coincidió precisamente con los primeros pasos de la conquista americana.

Hacia 1514 levaba anclas en el pequeño puerto de San Lúcar de Barrameda, con rumbo hacia Castilla de Oro, la expedición que había preparado en Sevilla el letrado Pedro Arias Dávila: fina dialéctica debió de gastarse el impetuoso y valeroso obispo Fonseca para acreditar de guerrero al paladín de combates incruentos a quien la zalamería palaciega, atenta sólo a la prosapia, había apellidado el "Galán y el Justador". El caviloso celo del Rey Fernando paró en seco la brillante expedición que, a órdenes del gran Capitán, se preparaba a invadir los Estados de Italia. Fue tan sonada la empresa, tanto libraban en ella los admiradores del caudillo, que lo más granado de la nobleza española acorrió bajo sus banderas. No trataban sólo de aparecer como combatientes; querían deslumbrar como hijosdalgo. Muchos comprometieron sus Estados a trueque de aparecer con tercios propios, flamantes vestiduras, costosísimos corceles, repujadas cotas y señoriales séquitos. Tan sólo gloria para la Patria, honor para sus hombres, y blasones nuevos para sus escudos, iban a buscar allende su país los presuntos compañeros del héroe montillano. A resarcirlos de la estorbada liza urdió la real desconfianza el expediente de abrir ante sus ojos las lejanías de un porvenir mejor en tierras de América, desde donde llegaban hasta la Metrópoli las más fabulosas especies de riquezas y honores reservados a los hombres listos y valientes, y así, en lugar de ir a Italia desvió para América aquella noble falange, bajo las órdenes del tristemente célebre asesino del descubridor del Mar del Sur. Dos mil hombres embarcaron hacia Castilla de Oro, de tanto lustre y gallardía, que merecieron más tarde de labios de Andago al verse aludidos así en su auténtica relación, con este involuntario alejandrino:

"La más lucida gente que de España ha salido".

Entre ella venía el hasta entonces oscuro Sebastián Mcoyano. Es bien posible que aquella convivencia con hidalgos, el mozo de diez y seis años, hijo de gente "llana y limpia," le estimulase en grado sumo, procurándole aquellos rasgos que le fueron característicos, los que, según Fray Pedro Simón, le mostraron siempre amigo de virtud y de virtudes y grande estimador de la nobleza. En homenaje a su pueblo nativo, recibió Don Sebastián, de labios de Pedrarias, el sobrenombre de Belalcázar. El desabrimiento que años más tarde causó en el ánimo de Andagoya la querrela con nuestro fundador, fuese el motivo acaso a que escatimase a éste la parte de gloria que le cupo en la exploración de la costa del Pacífico, en la nutrida memoria que sobre ella dirigió Don Pascual a la Corte Española. Es también constante que Belalcázar hizo parte de la conquista de Nicaragua y debió aunque muy joven, de distinguirse entre los mejores, cuando fue nombrado primer Alcalde de la ciudad de León, tras haberse hallado antes en la fundación de Panamá, ya con grado de capitán, donde recibió claras mercedes entre los principales pobladores. Más de una limpia hazaña atribuyen unánimes al joven Capitán los cronistas de Tierra Firme. Fue en Panamá precisamente, donde trabó amistad con Diego de Almagro, y con aquel caudillo portentoso que de porquero de Trujillo, ganó para sí un vasto imperio, fabulosos caudales y los honores y pompas de los príncipes de la sangre. Cincuenta y cinco años contaba Don Francisco Pizarro al emprender la conquista del Perú; los mismos que el César romano cuando inició la de las Galias. Algo debieron de advertir el compañero Balboa y el inquebrantable don Diego en el Capitán extremeño cuando tan estrechamente se ligaron con el más respetado vínculo que se buscaba entonces: el padrinazgo. En los quince años corridos hasta el de 1529 en que le invitó Pizarro a tomar parte en la conquista del Perú, adquirió Don Sebastián aquel dominio de sí mismo, parsimonia en el hablar, serenidad en los peligros, presteza de ánimo, perspicacia en la apreciación del momento, altivez no desmentida y tesonera firmeza que le declaran uno de los mayores capitanes de la Conquista americana. Sin que asomase en él aquella fiebre de oro, ingénita en el hombre y a quien sirve simultáneamente de provechoso estímulo y

pedra de toque, según el uso que de él haga, ora para merecer se le eche fundido en la boca como a Valdivia o que se le admire sin pesar en manos de quien lo consiguió para mejorar a los demás. Bien pudo Belalcázar cobrar más de una vez, en el codiciado metal, paga de sus proezas, y rehusólo contentándose con recibir, como soldado, lo que se le ofrecía por su dirección afortunada. Al seguir a Pizarro, realizó todos sus bienes, muy merecido gaje de tres lustros de rudo batallar, para fletar un buque, adquirir seis caballos y equipar treinta hombres como aporte. Desde ese día su historia va indisolublemente unida a la de Pizarro y Almagro. Partió con ellos las glorias de Puná, los peligros sin cuento, el portentoso asalto de Cajamarca que decidió de la conquista del Perú, en la captura y muerte de Atahualpa. Aestado el certero golpe contra el Inca, impúsose de urgencia guarnecer a San Miguel, puerto de acceso y segura llave para la conquista peruana. Enviado allí por Pizarro, nuestro Capitán consumió largos días en aquel cargo opaco e inglorioso, tan reñido con su carácter audaz y emprendedor, como con su sed inextinguible de trabajos propios. El Perú tenía bastante con sus dos compañeros para terciar él sin mayor provecho, sometido a mando ajeno, y volviendo la espalda a aquél; áurea presa ya cobrada, apechugó por su propia cuenta con el imperio de los Soyus, hacia fines de 1533. Seguíanlo doscientos hombres, la mayor parte infantes, unos cuantos caballos, y con tan exigua banda, pisando valles profundos, venciendo desfiladeros imposibles, horadando la inextricable maraña, de selvas tenebrosas, alzando en vilo las heroicas jacas, desgalgándose por senderos abismosos, avanzando siempre sin retroceder nunca, combatiendo día y noche con un golpe innumerable de tribus irritadas, cribado de flechazos, sangriento muchas veces a choques de macana, fue comiéndose día a día y bocado a bocado aquel poderoso reino, tan rudamente defendido y tan bravamente conquistado. En lucha ciclópea fueron cayendo uno a uno los generales indios: Rumiñahui, Quingalumba. Razorazo y el empecinado Quizquiz rindieron en lucha fiera y sangrienta las inexpugnables gargantas y los sellados desfiladeros. La fortaleza de Pillaro cejó a botes de lanza.

Tomada Quito a sangre y fuego, decidió el héroe reafirmar su conquista, lo que llegando a oídos de Pizarro, decidió el envío de Almagro a reivindicarla para aquél, a

título de irregular y de no autorizada. Repugnólo Belalcázar con altiva franqueza, y a no haber llegado la nueva de acudir con amagos de usurpación, el famosísimo Pedro de Alvarado, el héroe de la *Noche triste*, seguro que nuestro Capitán no se hubiese dado a partido con Pizarro en la persona de su heraldo. Pactó paz con Almagro para hacerle de consuno frente al intruso, quien avistándose con los dos capitanes, hubo de renunciar a empresa de tan mal cariz, a trueque de cien mil castellanos de oro pagados por Pizarro. Fue entonces cuando Almagro fundó, con la concurrencia de Don Sebastián, a San Francisco de Quito, trasladando al sitio que hoy ocupa, la primitiva ciudad de Santiago de Riobamba. Encariñado con su obra, continuó Belalcázar la pacificación de la vasta comarca sometida por él. Efectuó largas correrías en todas direcciones y advirtiendo lo imperioso, de abrirse una salida al mar, tras fatigas indecibles y tanteos poco afortunados, echó los fundamentos de Santiago de Guayaquil.

La elástica y vaga concesión dada a Pizarro, hábale en buen romance raptado su conquista al vencedor de Quito. Sino funesto iba alejándole siempre la meta conseguida, reclamada de seguro por otros, sin que ello fuese parte a desmayo o pereza, y así el tenaz Caudillo resolvió prolongar hacia el Norte, por medio de sus tenientes primero y atrás personalmente, el esfuerzo que habría de darle mando propio en qué holgarse. Desde Quito al país de los pastos, de las mesetas quillacingas hasta el caldeado valle de Patía, de allí hasta Popayán y Vijes, cruzó triunfante Belalcázar desbaratando ejércitos y sojuzgando tribus, en busca de *El Dorado*, su ingeniosa fórmula para reavivar entusiasmos, curar desalientos, aligerar fatigas y asegurar la marcha hacia adelante. Fundada Cali, fijó luego asiento aquí, el año de 1536, a la Asunción de Popayán, pero todavía a nombre de Francisco Pizarro. Pareciéndole estrecho el campo conseguido, decidió continuar con la añagaza de *El Dorado*, atravesando los Andes en prolongado combate con las tribus más aguerridas y levantiscas que fuese dable hallar en tan adustas sendas. Desde Popayán hasta Neiva no brilló un solo día sin reñir bravamente en desproporción inverosímil. En las horas de tregua el Capitán fundaba pueblos. En 1538 se avistaba con Quesada y Federmann. Aquella misteriosa cita trazó una linde fija a los empeños de los tres conductores y determinó a Quesada a

la fundación de Santa Fe de Bogotá, bajo la razonada sugestión de Belalcázar. En julio de 1539 siguieron para España, pactadas ya cordiales capitulaciones. Federmann sucumbió en el camino; Quesada y Belalcázar vieron abrirseles de par en par las difíciles puertas de la Corte, y tras un año gastado en relatar servicios, cobrar hazañas y recibir honores, regresaba a Popayán con fuero de Gobernador y título de Adelantado, el oscuro leñador de Extremadura, después de haber estrechado, como la de un camarada, la gotosa diestra del Emperador Carlos V: breve galardón seguramente para seis lustros de incesante fatiga, de lucha sin tregua, de inquietudes sin medida, de privaciones sin cuento, de heridas, villanías y dolores! El regreso a su Gobernación, en 1541, lejos de ofrecerle una era de reposo, abrió las puertas a arduas vicisitudes. La épica lucha contra los panches, digna por lo pujante, de los remotos araucanos y, por lo insigne, de su cantor Ercilla; la campaña hacia las partes de Antioquia; las azarosas correrías para franquearse un paso al mar Pacífico; el diario ir y venir, en guerra siempre contra las tribus alledañas, y los pesares consiguientes a un gobierno que surgía entre luchas y privaciones, para no mencionar la envidia solapada que, aprovechando la ausencia del Adelantado, había puesto la mano de Andagoya en un florón muy preciado de su gobierno: la ciudad de Santiago de Cali, fueron los ejercicios habituales del Conquistador en aquellos borrascosos días.

Enfrentados a disputarse un imperio los enantes hermanables compañeros Pizarro y Almagro, acude Vaca de Castro a dirimir en el Perú el airado conflicto. Empeña a Belalcázar y parte éste sin demora como leal vasallo, a secundar al real enviado, y tras penosa marcha, ya en tierras del Perú, recibe contraorden que le urge al regreso. Sus viejas relaciones con Almagro tiznábanle de parcialidad. En el duelo de los dos caudillos perdió la partida el ardido Almagro, y su cabeza encanecida pregonó sobre una lanza la fortuna de su competidor.

Un nuevo azar atrajo para el Adelantado su temporal ausencia: el Mariscal Robledo había sentado pie, con ánimo de dueño, en tierras exploradas ya por el Gobernador, y si a muy largo espacio, sí a brevísimo tiempo planteóse acá en el Norte, entre el Adelantado y Robledo, una misma análoga disputa a la que en el Perú empeñaron los dos hé-

ros del Sur. Vencido acá el Mariscal, rindió como Don Diego al garrote vil, antes de tronchada, la cabeza, y así transigido el pleito, se reintegró el Gobernador a su tormentosa capital después de haberse manchado con aquella dureza que era de uso antaño y que talvez entonces no lo pareciera. Apenas reasumida la interrumpida tarea, cuando el Virrey Vasco Núñez Vela compromete a Belalcázar como defensor de la Corona aménazada en tan vastas regiones, por la rebelión de Gonzalo Pizarro. Díjose entonces haber sido el Capitán más ilustre de cuantos acompañaron al Virrey. La terquedad de éste dio al traste con la defensa de los reales fueros; dejó la vida el Virrey en el fatídico campo de Iñaquito y aún piérdela también el hazañoso Belalcázar, que cercado de cinco caballeros, por la lentitud de su caballo exhausto ya, y perdida la celada bajo fiero mandoble, recibió en la erguida cabeza muy graves heridas, sin que allí parase su mala ventura, puesto que días después, extenuado y casi moribundo, sufrió en su lecho, inerme y sin alientos, los rudos ataques de un villano que le dejó por muerto. Oh! manes venerandos de Don Alonso Quijano, patrono y abogado nuestro! Perdonóle Pizarro la vida en cambio de mantenerse neutral; prueba inaudita de magnanimidad tras un combate en el que casi a nadie se concedió existir. Restituído a Popayán, esquivando sagazmente en el camino su captura nuevamente ordenada por Gonzalo Pizarro, dedicóse a engrandecer esta ciudad de su afecto. Elevada a la categoría de Obispado, fomentó largamente las misiones, y echó bases a varias instituciones de carácter social. Vastamente encendida y propagada la revolución de Gonzalo Pizarro, midió la Corte española el grave peligro de sus intereses y comisionó a Don Pedro de la Gasca para someter al rebelde. El discreto sacerdote allegó recursos desde Panamá y llamando en su auxilio a Belalcázar acudió éste por tercera vez y por motivo idéntico en defensa de la Monarquía. Brillante fue la expedición que a su costo equipó el Adelantado, quien desde Popayán púsose en marcha hasta el remotísimo campo de Jaquijaguana en que al frente de un cuerpo de caballería acabó con el soñado imperio del hermano del Marqués sublime. El trayecto recorrido esta vez por Belalcázar fue de ochocientas leguas. Sin recibir otra merced que el merecido elogio, tornó satisfecho a su remota Popayán. Nada lograron en favor suyo tan señalados servicios a la Corona. Suspendida temporalmente por La Gasca, la orden de

residenciarlo que recibió Díez de Armendáriz, cobró vigor con la llegada de Francisco Briceño nombrado para sustituirle. Parece que un interés pasional manchó de parcialidad el fallo de Briceño contra el ilustre Capitán, por la muerte del Mariscal Robledo y por otros reales o supuestos delitos. Suspendido en el cargo de Gobernador, que tan penosamente había alcanzado, fue condenado a muerte sin que valiesen ruegos, descargos ni ejecutorias. Belalcázar apeló del fallo ante el Consejo de Indias. En su calidad de Adelantado asistíale derecho de alzarse ante el Rey contra la pena capital que se le imponía. Concedido el recurso, previa fianza, púsose en marcha hacia Cartagena para seguir a España. Antes de acercarse a la ciudad de Heredia, sintióse atacado de febril dolencia que unida a su profundo desengaño, rompió para siempre aquel organismo sin rival, tan reciamente trabajado de fatigas y privaciones y para siempre glorioso de envidiables heridas. Recordad esa fecha: 23 de abril de 1551. Al expirar, un fiel amigo compró cuatro varas de ruan para hacerle un sudario, y dio un peso a una mujer porque cumpliera con el compañero ese rito piadoso. Don Pedro de Heredia, el heroico desnarigado, hizo le gallardamente pomposos funerales.

Tál fuera el varón ínclito que puso asiento aquí para nosotros, héroe él el más movido que verse pudo en la conquista. Incansable para resistir, osado en aventurar, prudente para discurrir, certero en acometer, pródigo para repartir, buscó el oro como signo y medio de fomentar conquista, que era su solo sueño y fiebre única, hostigante y sin alivio. Díerale Dios —en quien tanto libró y esperó— mayor vida y posibles y, habría él solo consumado la empresa desde Castilla de Oro hasta Nueva Toledo, la austral encomienda de Almagro. Estrecho parecíale el mundo a sus ímpetus y fortaleza, y sólo apeó del caballo para descansar en el sepulcro. Fervor tamaño fue servido de la más recia envoltura que cupo en suerte jamás a macho alguno: era su pecho una muralla, sus brazos dos potentes grúas, barras de hierro las musculosas piernas y todo él cual torreón enhiesto, barbado de acero reluciente y sonoro. Temible con la espada, fue la lanza llave de sus glorias y con ella hendió brecha desde Nicaragua hasta el Darién, desde Sumapaz, en este Nuevo Reino, hasta el, por tan lejano, borrosísimo Cuzco. Esa enorme distancia, repetida en sus dos tercios, corrióla varias veces sin caminos francos, por entre atajos y peligros: supo de infectos manglares y pú-

tridas marismas, de los pérfidos cenegales y las neveras rútilas, y atravesó impertérrito por casi cuarenta años entre densas y airadas muchedumbres de bárbaras tribus sublevadas, y tan serenamente, como si hubiesen sido apretadas filas de vegetales silenciosos. Hábil brocha genial nos lo suscita hoy con inspiración insuperable en el triunfal momento de su apogeo viril dejándonos la misma impresión que aquellos versos inmortales en que lo consagró José María de Heredia:

Beau comme un Galaor et fier comme un César

Il marche en tete, ayant pour nom Benalcázar.....

El benévolo y quejumbroso Las Casas y el zalamero Padre Nizza tacháronle de cruel en más de un paso, cargándole a la espalda gravísimo fardo de humana carne doliente. No es improbable que así fuese, pues la guerra, “que es cosa bruta, necesita de brutos,” y quien dice conquista habla de violencias sin tasa. Ocho siglos de batallar con la morisma habían borrado en España la noción del valor en la vida humana. El diario combatir róbale a ésta el precio, como el juego al dinero. Perder la existencia o quitarla fue por ochocientos años, en los peninsulares, una a modo de cotidiana contingencia, y con menor excusa los otros Estados europeos, que no pueden alegar análoga contienda, aparecen manchados de idéntica, sanguinaria fiereza. La Italia del Renacimiento es una caza entre felinos, y en época tan cercana de nosotros, la conquista de la India tiñe en sangre tanta historia inglesa como la de América, y, para ser breve, no es aventurado afirmar que en la argamasa fundamental de todo pueblo ha entrado en vasta copia, y entrará sin término, la sangre de los hombres. Los españoles del siglo XV tenían de estas cosas una concepción mental distinta de la nuestra. Todo lo subordinaban a un idealismo sin entrañas y a finalidades sin excusa. Los críticos juzgaban tranquilamente desde sus bufetes a los hombres de acción aplicándoles códigos perfectos, desde el silencio de una biblioteca, sin recordar que de muy diversa manera pasaban las cosas en la Corte que en las vastas soledades del Nuevo Mundo. Es menester situarse en el preciso punto en que actuaron Cortés, Balboa, Pizarro, Quesada y Belalcázar. A estos próceres todo les era hostil en tan extraño medio, y a cada momento del día y

de la noche veían colgada la muerte delante de sus ojos. No soñó fábula antigua desproporción mayor entre los medios y los fines, entre el conquistador y sus oponentes. ¡Doscientos hombres para sojuzgar un millón de guerreros! Cierzo que la sorpresa pudo más muchas veces, por la novedad de caballos y mosquetes, que el resultado práctico de estas cosas no vistas, pero cuando la experiencia familiarizó con ellas a los indígenas, desaparecido el ensalmo se equipararon en procedimientos con los invasores. Pizarro prendió al Inca guardado por cincuenta mil guerreros, con sólo ciento setenta y ocho españoles de espada, lanza y daga en sus dos tercios, con sesenta caballos, dos risibles falconetes, treinta ballestas y cuatro fusiles de chispa. A tal punto era desproporcionada la empresa, que la curia de España cerró los ojos en la primera época a los imprescindibles desmanes de sus héroes, estableciendo no se dejasen pasar a América abogados ni Procuradores que pudiesen ocasionar pleitos y molestias a los hombres de la Conquista, a quienes fueron siempre tremenda pesadilla. El descubridor del Pacífico, acaso por intuición profética, escribía desde el Darién al Monarca español dándole cuenta de su feliz descubrimiento: "Ruego a V. A. ordene que ningún bachiller en derecho o en otra ciencia, a excepción de la Medicina, venga jamás a estas comarcas, bajo pena de un grave castigo, pues no viene aquí uno que no sea un demonio... y no sólo son malos en sí mismos sino que además enseñan el mal a los otros y tienen mil medios de multiplicar las discordias y los pleitos." Imaginad si podéis la zozobra que embargaría el ánimo de aquellos Capitanes viendo llegar en pos suya la nube de letrados, escribanos, procuradores y jueces de toda laya y catadura, que, tras tantas fatigas y trabajos venían a aplicarles sin misericordia los enormes mamotretos en que se contenía la legislación española. El derecho puro permanecía intangible, mas al ser aplicado convertíase en la más peligrosa trampa de suspicacia y tiranía. La destreza leguleya había sustituido a la equidad. Juez, abogado y bachiller eran sinónimos de bribón sin recato. De la misma Universidad de Salamanca dijo un viajero inglés, hacia 1620, que "allí nacían aquellos enjambres de estudiantes cuyas picardías, robos y mendicidad poblaban la tierra." Aquella fue la edad de oro del rábula, en la que el "alegato adquirió más importancia que la prueba". Y tanto estaba oscurecida la noción de justicia en el ánimo de todos, que hasta los mismos juzgadores de Ata-

hualpa le condenaron por violaciones a las leyes de Partida! Así se explica que los más ilustres conquistadores, incluyendo al divino Almirante, rindiesen estrecha cuenta por violación de un código que fue cerrado mientras ellos se engrandecieron acreciendo la Patria, y que volvía a ser abierto para su inexorable juicio. ¡Ni quién habría podido escapar a tan vasta e ingeniosa red de lazos peligrosos! "Como muchas cédulas reales —asienta un moderno historiador— quedaban al poco tiempo anuladas o modificadas, había gran dificultad en saber cuáles eran los decretos que de hecho estaban en vigor. La Compilación que se mandó preparar en 1635, no se publicó hasta 1680, fecha en que requería ya comentario." Un virrey comunicaba a su sucesor que el palacio de Méjico contenía ciento cincuenta y seis grandes volúmenes de cédulas reales promulgadas desde 1600. Ante el conflicto evidente planteado entre la fórmula y la necesidad, entre la teoría y el hecho, entre la pragmática y la urgencia, Belalcázar, que tan hábilmente supo explotar para sus empeños el mito de El Dorado, ideó aquella sagaz fórmula que por ciertos respectos contiene en germen parte de la razón futura de nuestra emancipación: "*Se obedece pero no se cumple.*"

Casi todos aquellos prohombres viéronse tachados de deslealtad, con mayor o menor probanza: Balboa, Cortés, los Pizarros y Almagro, fuéronlo abiertamente; Belalcázar apenas sospechoso.

Nada más recto en ellos que resistir altivos a esa inacabable intriga que bajo el valimiento cortesano arrebatava a sus dueños el fruto conseguido en durísimas pruebas. A veces prosperaba el cargo y entonces rodaban por el suelo las cabezas enhiestas. Aquellas actitudes viriles encerraban ya el germen de nuestra emancipación futura. La carta en que Lope de Aguirre hizo a Felipe II tan varoniles cargos, es hermana por el motivo, y en el vigor, equidad y franqueza, del *Memorial de agravios*. La Independencia fue en este sentido la razonada reivindicación del fuero americano reclamado por los Conquistadores, con el concurso de una guerra civil.

Un jacobinismo reacio e incomprensivo sigue negando pleitesía a nuestros mayores coloniales, olvidando cuánto costárale plantar el árbol en que se mecen nuestros nidos y cuyos frutos nos sustentan. Para muchos, la Patria sólo data del 20 de julio de 1810 y entre esa fecha y el 12 de

octubre de 1492, dicese que media vasta hondonada únicamente llena de errores y de sangre. Sólo el esfuerzo perseverante de los antepasados pudo crear un medio propicio a la aparición de nuestros próceres republicanos que fueron cabalmente los promotores y víctimas del movimiento emancipador. Conquista, Colonia y Reconquista son tres etapas sucesivas, en pos de un ideal, si vago en un principio, radioso ahora de bienes y esperanzas.

Varias centurias han volado, ¡oh Sebastián de Belalcázar! sin que esta ciudad que te debe la vida, donde alzaste morada para tus propios hijos, que ennobleciste con tu gloria, que amparaste con tu brazo y vivificaste con tu aliento, te hubiese brindado una hornacina como al mejor de sus penates; mas hoy, ¡oh Capitán magnífico! llegas a este recinto amorosamente evocado por corazones gratos, de la más larga y aflictiva de todas tus peregrinaciones: la del olvido! Y pareces aquí no como quiera, desarraigado y miserable cual solías en tus rudas faenas de antaño, sino con el soberbio porte de un *Imperator* de los mejores días que viera el sol romano. Todas estas imágenes de preclaros varones a quienes cupo en suerte vivir bajo la sombra de los aleros que tendiste, tuvieron para ti de cierto elaciones de simpatía. Ese guerrero audaz que de aquí adelante partirá contigo el honor de aquel muro, es el no superado descendiente de cántabros hidalgos. Llamámosle por antonomasia el Padre de la Patria. En su caballo de combate, partiendo de regiones muy lueñas, atravesó la América pisando en cuatro naciones sobre las huellas del tuyo, hasta arrancar con su creadora garra olímpica en el ápice excelso dei Potosí, los ajados pendones reales que allí plantaste tú mismo con Pizarro. Donde tú lidiaste para la ingrata Monarquía se irguió victorioso él para la Libertad agradecida, y como tú mordido del desengaño y de la envidia —apurada la copa enloquecedora de la gloria posible— como dón de piedad recibió al fin el sudario que le ciñera la amistad conmovida, allí mismo, como tú, cabe el mar de Atlante, único testigo digno de tamañas grandezas y tan vasto dolor.

Siguiente, en clara fila, los renuevos ilustres de tu sangre fecunda. Aquel varón consular de augusta gravedad es don Camilo Torres, alma y verbo encendido de una lucha titánica a que llevó por gaje su romana cabeza. Muévase al frente Caldas, también estirpe tuya, que ennobleció

con su sabiduría aquellos mismos lugares que tú consagraste con fatigas sobrehumanas. También él atravesó montañas, holló las blancas cimbras del Cotacachi, el Imbabura y el Mojanda, y cruzó el Ecuador hasta las lindes del Perú. Copió tus travesías por la Provincia de los pastos, desde el Chora hasta el Guáitara. Popayán y Cali, Guanacas, La Plata, Timaná, Neiva, Santa Fe y toda la vasta hoya del Magdalena y los perfiles de los Andes en más de nueve grados, entregaron por su mano a la ciencia estupefacta los tesoros sin par que tú nos legaste, y alcanzó también él como premio el mismo tajo fatal de que a ti propio, más feliz te librara la naturaleza. José María Quijano, renuevo tuyo, como el sabio mártir, supo mostrarse un día digno de tu nombre. Engrandeciése y mucho por su temeridad, y habiéndole abandonado la falaz Fortuna muy cerca de aquel sitio en que tan dulcemente sonriera otrora para ti, rindió a la Patria el caudal de su carmín insigne, a igual compás de aquél mancebo nombrado Ulloa que te contó entre sus mayores, y a quien el monstruo ávido devoró en flor en holocausto a la Justicia.

Aquestos dos patricios que esperan todavía desde el muro consagrador a los gemelos ausentes, tu excelcitud relievan con sus virtudes polimorfás. Ese apolíneo mozo es Joaquín Mosquera, que tuvo un día el tremendo honor de sentir gravitar sobre sus hombros, como Atlante, el ponderoso mundo creado por el genio. Alzase fiero junto a él su adusto hermano, don Tomás, paladín glorioso fundido en el mismo recio molde que tus ilustres camaradas de la Conquista, desfacedor de agravios, burlador de imposibles, muy digno sucesor, en fin, de aquel pujante capitán Mosquera que te siguió en tus aventuras con brillo y valer propios.

En el lienzo frontero capta el debido homenaje el *Organizador de la victoria democrática* y el más bruñido espejo de austeridad republicana. Francisco de Paula Santander no es un intruso en la breve serie conmemorativa: donde se exalte la grandeza allí puede estar él por derecho propio, entre sus pares.

Aquel patricio esbelto, de cabeza armoniosa equiparada por alguien a la del último César, es Rafael Mosquera cuyo gallardo porte, fiel trasunto de su espléndido reino interior, parece ennoblecer a quien lo mira. Dos bravos adalides simulan guardar al hidalgo, apoyadas las alter-

nas manos en las hojas triunfales: Obando y López. Por su constancia y bravura, por su paciencia en esperar y su fortuna para merecer, por su piedad, en el uno para con el dolor humano y por el rudo batallar del otro, están dividiendo contigo los favores de la consagración.

Ministros del Altar que enaltecieron con su ejemplo la Religión que tanto amaste; estadistas eximios que ilustraron con su pluma los fastos familiares sublimando tu ciudad predilecta; ediles abnegados que gastaron sus días probando embellecerla; un poeta guerrero que quemó sus noches cantando el ciclo heroico en que tú alentaste; y un anacrónico adalid —Carlos Albán— prófugo de los romances de Gesta, hermano por la temeridad, de los Roldanes y Amadisés, que alcanzó para Ocaso de sus glorias aquel funesto golfo que les sirvió de Oriente a las tuyas: hé aquí los compañeros que la gratitud te depara! Todos y cada uno, por el más vario modo, completaron tu obra, enmendaron tus yerros, interpretaron tus anhelos. Si nos fuese dable ahora sacar de entre la noche tu corazón magnánimo y leer en él como en abierto libro, estoy seguro de que el esfuerzo hecho por los hijos epónimos del pueblo que creaste, colmaría tus deseos; traduciría fielmente tus empeños rebeldes, sigilosamente guardados; pagaría con creces tu extrahumana labor; satisfaría sin tasa tu altivez humillada y vengaría para la eternidad tu postrer desengaño. Sigue tu marcha ¡Oh Capitán, Oh Padre, Oh Adelantado de la democracia, hijo del propio esfuerzo y del mérito puro, que en pos de ti correremos nosotros mirando de frente al porvenir. Muévenos por favor, cual otro tiempo a tus leales, a la conquista de El Dorado. ¡Fórjanos nuevamente como entonces otro Ideal estimulante que no logremos alcanzar!

GUILLERMO VALENCIA

